

GAJES DEL OFICIO

Su recuerdo era claro. Le había reconocido. ¿A qué venía todo aquello? ¿Por qué la había golpeado y por qué la tenía encerrada? Ese juego no le gustaba, habían hecho un acuerdo; él no volvería a maltratarla, se lo había prometido hacía varios meses desde la última vez que se le antojó aquel "*jueguito sexual*". Debía luchar contra la adversidad, debía ser fuerte.

Decidió tratar de incorporarse. Giró el cuerpo hacia la izquierda, extendió los brazos y palpó el hueco que quedaba entre el camastro y la pared. Se apoyó en el hombro y flexionó las piernas, ignorando el dolor. Durante un momento se quedó quieta, intentando mantener la respiración sosegada. Debía serenarse.

Cuando se repuso del esfuerzo, se palpó en la oscuridad. Seguía vestida. Exhaló un suspiro de alivio, «todavía no había empezado el jueguito», se dijo. Aunque quizás era mejor no estar consciente durante la brutalidad que el violador ejercía en su agresión y, así, evitar la horrible humillación.

Inconsciente movió las piernas y notó que sus pies estaban descalzos. De nuevo se estremeció.

Estar despojada de sus zapatos tenía un significado macabro, "impedimento para dejar atrás costumbres o vicios que impide avanzar".

El ruido producido por una puerta metálica al abrirse la sacó de sus lúgubres cavilaciones. El cuchitril se llenó de luz. Sus ojos permanecían abiertos; el terror que le producía la imagen de su secuestrador acercándose a ella obligó a su cuerpo a quedar paralizado. Antes de que pudieran sus ojos reprimir el llanto, sintió como él le introducía la aguja hipodérmica. Una fuerte convulsión agitó su cuerpo.